

Una lectura femenina del «Génesis», a propósito de Drewermann

Claudie de Rauglaudre *

AL leer los relatos de la creación del hombre, en los primeros capítulos de la Biblia, se ha resaltado siempre el papel protagonista del varón frente al secundario de la mujer. No sólo los movimientos feministas sino la psicología actual y aun la propia interpretación de la Biblia buscan una mayor proximidad igualitaria entre el varón y la mujer. La autora —en esta colaboración que publicamos en régimen de simultaneidad con la versión original en «Etudes»— toma algunas interpretaciones de Drewermann, el discutido teólogo-psicólogo alemán y las propone en el marco de sus propias reflexiones.

* Colaboradora de Etudes/París.

En la lectura de las obras de Eugen Drewermann, he quedado impresionada por su interpretación de los relatos de la creación y del pecado original, al comienzo de *La parole qui guérit* (PG), entrevistas radiofónicas reunidas en una obra publicada en Alemania en 1989 y traducida en Francia en 1991. Quisiera explicar lo que personalmente suscribo, añadiendo mi pequeña contribución personal.

Recordemos ante todo que el primer relato de la creación (Gn 1) es el más reciente y data del fin del exilio en Babilonia, el siglo VI ó V. El segundo relato (Gn 2), llamado «yahvista» porque en él se le llama a Dios Yahvé, procede de la época de David y Salomón, en los siglos X ó IX. Ha sido necesario un milenio para que las tradiciones orales del pueblo, transmitidas de generación en generación desde sus lejanos orígenes mesopotámicos, quedaran fijadas en estos relatos. Para estos hombres era evidente que estos relatos presentaban los comienzos de la acción de Dios en el mundo. Habían sentido ellos en su propia historia la presencia de una Providencia. Alababan también las acciones excelsas del Creador. Habían soportado pruebas, llorado a sus muertos, constatado las relaciones con frecuencia desapacibles entre el hombre y la mujer. De ahí surge ese capítulo 3 que imagina la tentación en un paraíso, perdido por una falta, y sus consecuencias: el sufrimiento y la muerte. En el capítulo 1, la pregunta preocupante es: ¿de dónde procede el mundo y cuanto el mundo encierra? La cuestión del segundo capítulo, anterior al primero, es: ¿de dónde vengo yo, hombre, y mi *alter ego*, la mujer, esta misteriosa «otra»? Notemos que los autores del Génesis son varones: es evidente la visión masculina. Y lo mismo hay que decir de quienes lo han venido interpretando hasta que las mujeres se han puesto a hacerlo, recientemente, como por ejemplo la Asociación de mujeres europeas para la investigación teológica (AFERT), creada en 1985.

Eugen Drewermann intenta responder a su pregunta: ¿Por qué el relator sitúa en el origen al hombre, considerando a la mujer como derivada de él, de su costado? (PG, p. 34). En realidad, explica, si Dios encarga a Adán que ponga nombre a los animales ante de presentarle a Eva es porque no hay hombre alguno sobre la tierra que merezca una esposa antes de haber aprendido a comportarse pacíficamente con todos los seres vivos. Por consiguiente la ternura, para Drewermann, es indispensable para adquirir la dignidad de hombre (p. 35-36). Así todo hombre tiene necesidad de descubrir en sí mismo este sentimiento hasta el punto de que, para revelárselo, si no existiese una compañía, «haría falta arrancárse-

la literalmente de su costado». Antes de la llegada de la mujer, la vida para el hombre no sería sino aburrimiento y un largo sueño. La Biblia nos dice así qué es el amor, «esta experiencia de la necesidad del otro para llegar a ser uno mismo» (p. 37).

El árbol del conocimiento

PARA Drewermann la imagen del árbol, en medio del jardín, es una imagen, muy arcaica, de la mujer. El hombre acaba de recibir de Dios la misión de conservar intacto este árbol, *de no comer de él*, lugar de resguardo donde se junta el cielo y la tierra, donde Dios se hace próximo. Árbol del conocimiento, punto focal, eje central que permite al hombre encontrar su orientación espiritual, orientación vertical entrecortada por las ramas horizontales. Es la seguridad de una protección «maternal» (PG, 31). Estos comentarios del analista, citados con una cierta libertad, llevan a su pregunta: ¿qué pasará con este hombre si se rompe el vínculo tan frágil entre él y su creador (p. 30)? Lo femenino ¿no es en cierto modo, el «aliento» que anima al hombre, su «costado» que le permite respirar, intermediario querido por Dios para que lo humano lo sea aún todavía más? Adán, no retengas tu aliento, no comas de este árbol en un deseo de acaparamiento, tu vida depende de ello.

La interpretación de la tentación es interesante. Según el teólogo, el móvil de la falta no es el orgullo sino más bien la angustia. «Es precisamente esta mujer tan preocupada por ser fiel a Dios la que se remueve agitadamente en la falta», dice. La ocasión del pecado brota paradójicamente del esfuerzo por ser honesto ante Dios, después de participar del fruto «por amor a Adán» (PG, p. 42). ¿No decía ya Teresa de Ávila que el Maligno no necesita sino buenos sentimientos? A la prohibición de Yahvé a Adán: «No comerás del fruto del conocimiento del bien y del mal, bajo pena de muerte», Eva añade todavía esto que de hecho no se dijo: «Dios ha dicho: no lo tocaréis» (p. 41). Este detalle tiene su importancia. Pone de manifiesto, explicita el terapeuta (p. 42) la fuerte carga de angustia de la mujer cómo en toda situación en que ella quisiera huir de toda clase de penalidades, en que ella exagera cosas para protegerse, ella queda como fascinada y a pesar suyo consiente.

Sin embargo, pregunta el periodista, fue Adán a quien se le hizo la prohibición en Gen 2, 16-17 antes de que Eva apareciera en Gen 2, 18-24.

¿Cómo es posible que no habiendo escuchado la prohibición impuesta a Adán, Eva sea hecha responsable de la caída, según la interpretación más corriente?

Ante esta pregunta, Drewermann balbucea algunas palabras pero en realidad no responde. Psicoanalizado el hombre no deja de ser un hombre: elude, me parece, los puntos molestos. Consta que desde siempre «el problema consiste en saber por qué los humanos quieren superar sus límites y ser como Dios... Cuál es la pulsión que impide a los hombres no ser sino hombres? ¿Qué es lo que les lleva a percibirse como seres incompletos hasta el punto de creerse deber ser Dios? Cuanto más quiere ser Dios, tanto más experimenta la vergüenza de no ser sino un hombre» (pg. 44). Pero algunas líneas más abajo, precisa: «El descubrimiento de la mujer y de la serpiente en el círculo de la sexualidad engendra la muerte» (p. 45). ¿Qué quiere decir? Este punto de vista, descalificador para la mujer, realmente no tiene en cuenta al hombre en ese famoso «círculo de la sexualidad». ¿Por qué el hombre hace responsable a la mujer de la muerte, sea ésta física o espiritual («la falta»)? ¿No se puede interpretar de otra manera el mito, preguntándose por el simbolismo de la serpiente?

La serpiente

UNA serpiente que reptar simboliza la dependencia de los deseos terrenales, la incapacidad para elevarse espiritualmente. Si Drewermann establece una vinculación en la falta entre la mujer y la serpiente, ¿por qué no evoca en esta serpiente erguida e insinuante el símbolo del falo? ¿No descarta con demasiada facilidad este simbolismo, al preferir ver en Eva a una débil mujer sometida a las fuerzas de las divinidades infernales y a una seductora que desvía a Adán del camino recto? ¿No se desolidariza el hombre con frecuencia de las actuaciones de su falo, considerado casi como un miembro distinto que no siempre obedece a su buena voluntad? ¿Y no es el hombre quien se sirve de la mujer para «convertirse en una especie de dios omnipotente», por un reflejo de memoria ancestral? Emergiendo de la animalidad, lo Humano ha conservado en su inconsciente la ley de la jungla en la que el macho debe dominar a la hembra. Pero Adán y Eva, en curso de evolución, son seres capaces de reflexión, de conciencia. El relato bíblico tiene mucho cuidado de subrayar este privilegio en relación con las espe-

cies animales. Adán pone el nombre a los animales y no encuentra a ninguno a su semejanza. La pareja humana no es por tanto una especie animal como las otras, y además el Génesis no cita al hombre en cuanto especie («según su especie»). Dios decide hacer al Hombre «a su imagen según su semejanza». Distintos en configuración sexual, semejantes en dignidad personal, macho y hembra humanos, imágenes de Dios, son aptos para convertirse en hombre y mujer según la semejanza de Dios, en una experiencia relacional de tipo trinitario, quedando los dos reunidos en otro ser, su hijo, de carne («los dos en una misma carne») en que, en sentido amplio, obra común creada en el «espíritu de Dios» cada uno conserva su propia personalidad. «La unión en lo personal diferencia» (Teilhard de Chardin). Yahvé bendice la pareja humana, le confía el cuidado de crecer y dominar la tierra.

La famosa serpiente tentadora ¿no es entonces un símbolo masculino (*el animus* que es también la parte masculina inconsciente de la *psyché* femenina) que sugiere a la ingenua Eva probar del árbol «del conocimiento de la felicidad y de la desgracia» (Trad de la TOB)? Conocer en sentido bíblico equivale a tener relaciones íntimas con la mujer. La felicidad y la infelicidad a fin de cuentas están en relación con el comportamiento del hombre, tentado de apropiarse de la mujer y de la propensión de la mujer a dejarse apropiar. ¿No es esto lo que Dios quería decir a Adán: no juegues con la felicidad o la desgracia. No comas de este fruto de ese árbol o lo pagarás caro?

El bien y el mal no deben tomarse en el sentido moral. No existe un mal si se vive el estado natural de la sexualidad, que no debe ser confundida con la genitalidad. La sexualidad implica afectividad, función esencial de la *psyche*. No se trata de protegerse del otro sexo, sino más bien de acoger la diferencia, sin ningún prejuicio, de evitar los juegos de seducción más o menos crueles. Ahora bien durante milenios lo que ha prevalecido salvo contadas excepciones, es el punto de vista masculino, «fálico», en detrimento del femenino, del *anima*, un soplo vitalmente precioso aunque impedido, retenido. Es evidente que no pocos hombres reprimen cuidadosamente su *anima*, la parte femenina de su ser, hasta rehusar poseer cuanto tenga algo de común con lo femenino. Y el arquetipo del hombre fuerte, combativo, sigue estando vivo a juzgar por el número y el éxito de los films violentos, que se disputan la sagrada realidad planetaria. Afortunadamente no son pocos los que se preguntan por los resultados perniciosos de la necesidad de dominación agresiva: gue-

rras, torturas, violaciones, proxenetismo y turismo sexual, torneos políticos inmisericordes, juegos sádicos de las corridas y otras cazas de animales, accidentes muy graves de técnicas sofisticadas, poluciones de toda clase..., etc.

Pero ¿qué nos revela todavía el mito del Edén en la perspectiva expuesta más arriba? Inquietando a Eva por medio de su discurso engañoso, Adán, por medio de la serpiente, se expone a desvelar su «desnudez» en sentido propio y figurado. ¿Qué hay más desnudo y más vulnerable que un «falo»? Que la mujer descubra las carencias, las faltas del hombre y las denuncie, es lo que éste no quiere a ningún precio.

El inconsciente masculino

DREWERMANN ha planteado bien el problema: el hombre quiere creerse perfecto, o al menos hacerlo creer así, en el loco deseo de «convertirse en un dios. Es así como en la cima de esta obsesión, con el temor de fracasar, corre el riesgo de naufragar en lo que es precisamente la señal misma del pecado, la relación de dominador a dominado, esta actitud tantas veces denunciada estas últimas décadas» (PG, 47). Por miedo, por angustia de mostrarse frágil, débil, saca el pecho y cae en la tiranía, el autoritarismo, la rigidez caracteriológica o incluso la laxitud. La falta original de la mujer consiste en haber dado crédito a los bellos discursos, como Eva al dejarse convencer, sin discutir ante todo si estaban bien fundados. Y esto es el resultado de la dulce complicidad prometida.

El autor del relato bíblico captó muy bien la mecánica del inconsciente masculino significado por la serpiente. Cuando Yahvé pidió cuentas, Eva no acusa a la persona de Adán, sino que hace alusión al comportamiento «fálico»: «La serpiente me ha engañado y he comido del fruto», dice simplemente. En revancha, Adán humilla a Eva y a Dios mismo: «La mujer que *tú* me has dado por compañera, me ha dado el fruto y yo he comido». «¿No es la misma historia que se repite una y otra vez? Con frecuencia el hombre gana la confianza por medio de palabras que parecen prudentes. Cuando las cosas se pudren, con frecuencia huye acusando a la mujer, mostrándose «incapaz de afrontar su culpa —comenta Drewermann— convirtiéndose en un mentiroso crónico, retorciendo su ser y dándose un estatuto de irresponsabilidad: la falta es de las circuns-

tancias, de los demás, nunca jamás de sí mismo» (PG, p. 52). Y entonces aumenta la angustia, que acompaña la represión de la culpabilidad.

En *La dialectique du Moi et de l'inconscient* (Gallimard, coll. Folio-Essais, p. 155-156). Jung avanza afirmaciones muy certeras, en particular en su capítulo sobre el *anima* y el *animus*. Cita el caso «de un hombre admirable, digno de respeto en todos los aspectos; se hubiese podido decir de él que era un santo» hasta el punto que Jung sintió crecer en sí mismo un sentimiento de inferioridad. Pero llegó a conocer a la mujer de ese hombre y ya no se dejó nunca engañar por las «apariencias de santidad». Porque aprendió y comprendió que «un hombre que se identifica con su *persona* (careta que el individuo reviste y que le sirve para disimular su auténtica naturaleza) puede, si no tiene cuidado, dejar resbalar sobre su mujer todos los elementos de su propia psicología que le molestan y que quisiera rechazar; su mujer los encarnará y los vivirá sin caer en la cuenta. A menudo, sin tener una conciencia clara de lo que le sucede, pagará el sacrificio de sí misma con precio de una penosa neurosis». Esto ¿no coincide con lo que declara Drewermann: «¿a qué trampas no hemos recurrido para exhibirnos como animales en celo y así para pretender ser dignos de amor? Declaraciones ficticias, apariencias pretenciosas, todo es bueno para seducir» (PG p. 53).

El sueño del pensador

PERO Drewermann propone una solución: «Intentemos todavía soñar en una vida que arranca de cero, una vida en que pudiésemos convertirnos en aquello que verdaderamente somos, en que descubriésemos lo maravilloso que son los sueños que llevamos en el alma. Y creer a pesar de todas las resistencias. Esto nos haría más libres, más humanos, mejores. Jesús ¿deseaba otra cosa sino vernos capaces de resistir por fin al miedo que nos habita, de aprender a vencer este miedo por la confianza?» (PG, p. 55). Aceptar que no somos más que polvo, que no somos necesarios, que somos vulnerables y que tenemos necesidad de un Dios para permitirnos soportar el hecho de no ser sino hombres, es lo que Cristo nos ha dicho para encontrar el camino del paraíso que buscamos: el descubrimiento del Amor.

Sacado de la tierra, modelado de arcilla, Adán no ha sabido todavía hacer un sitio a Eva la viviente, salida de lo Humano, moldeada a partir

de lo Humano. El equilibrio *animus*-anima, masculino-femenino, no ha sido respetado. Pesimista, J. Lerède, de la Universidad McGill de Montreal, en *Les troupeaux de l'aurore* (1980) declara: «un modo de funcionamiento de la psique humana ha quedado afectado de entropía, una entropía que no ha dejado de crecer y de agravarse en el curso de los milenios». Lo femenino se encuentra degradado. Pero la entropía, según Teilhard de Chardin, no es la ley fundamental de la evolución humana. En la evolución, lo humano se distingue claramente de las especies animales en cuanto que éstas se diversifican y subdividen en grupos mientras que la humanidad está llamada a unificarse. A pesar de las regresiones, los racismo, las resistencias, parece converger hacia un «punto crítico» que permite emerger en otra dimensión: la de un tercero infinito. Este, más allá de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, expresaría la estructura misma de la evolución, no en el sentido de la muerte (curva de la entropía) sino en el sentido del amor (curva de la centro-complejidad). Según Teilhard, «El amor es la más universal, la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas» (Seuil, t. 6, p. 40). Apoyándose en la evolución histórica de las mentalidades añade: «La manera más expresiva y la más profundamente verdadera de relatar la evolución universal sería volver a narrar la evolución del amor». El poder del amor, de la no violencia debe quedar por encima de los miedos, las angustias, la desesperanza.

¿Y no es esto precisamente lo que quiere decir Drewermann en su análisis del *Cantar de los Cantares*: «Lo que hay que buscar ahora a todos los niveles es cómo volver a alcanzar el estrato del sentimiento»? (PG p. 297). Porque «el patriarcalismo reclama sacrificios, la represión de los sentimientos, el estrechamiento del pensamiento, el recurso al terror contra las mujeres, la destrucción de la poesía de la naturaleza y, en la sombra de todo esto, el crepúsculo del amor» (p. 291). Nos toca construir una sociedad en la que Eva no se deje desviar de su misión por insinuaciones vitalmente desastrosas y en que Adán llegue a descubrir que para humanizar el planeta «no es bueno que él esté sólo» (Gn 2, 18). La acogida de la mujer debe prevalecer sobre la desconfianza. El Amor, en su esencia, abre al descubrimiento del otro, en el respeto a su persona, y permite encontrar, más allá de las diferencias, un parentesco de alma y una afinidad constructiva. «Mi prometida, mi hermana», ¿no es ésta la más bella expresión del *Cantar de los Cantares*?